

# Obispo Diocesano

## HOMILÍAS

### **Homilía en la Misa Crismal. Año 2005 (23-Marzo)**

---

Queridos hermanos:

El misterio de la Iglesia como sacramento universal de salvación se nos hace cercano y más perceptible en la riqueza simbólica de esta Misa Crismal, en la cual bendecimos los Oleos de los catecúmenos y de los enfermos y consagramos el Crisma para la unción de los bautizados y de los presbíteros. A través de estos elementos sacramentales, Cristo va a seguir incorporando a su Cuerpo y haciendo partícipes de la vida de su Espíritu a quienes Él mismo ha llamado a la fe y ha elegido para el Orden Sacerdotal. Así se edificará la Iglesia para seguir prolongando en nuestra historia la encarnación salvadora de Jesucristo.

Por elección libre de Jesucristo, expresión de su amor gratuito, nos ha tocado en suerte a los Obispos y presbíteros estar configurados con Él por el Sacramento del Orden para ser nosotros mismos, en nuestra existencia y misión, a modo de sacramentos vivos de su presencia salvadora y para tener la capacidad de representarle en la Iglesia como Cabeza, Maestro, Sacerdote y Pastor, de forma eminente en la celebración de su Misterio Pascual en la Eucaristía.

Con profunda fe y amorosa gratitud vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal. Y a hacerlo más intensamente, en este Año de la Eucaristía, nos ayuda la profunda meditación sobre nuestra configuración eucarística, que Juan Pablo II nos ha ofrecido en la tradicional y siempre entrañable carta que cada año nos dirige a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, esta vez remitida desde el Hospital Gemelli.

El Papa nos invita a meditar las palabras de la institución de la Eucaristía, que pronunciamos cada día *in persona Christi*. Esas palabras de Jesús expresan la “forma eucarística” que corresponde a nuestra vida y deben ser para nosotros una **fórmula de vida**.

*“Tibi gratias agens, benedixit...”*

En cada Eucaristía actualizamos la acción de gracias de Jesús al Padre al partir el pan de la vida para nosotros. Y esta acción de gracias de Jesús debe plasmar la vida del sacerdote, que ha de ser una **existencia profundamente agradecida**, un permanente canto del Magnificat por las gracias recibidas de Dios.

*“Accípite et manducate... Accípite et bíbite..”*

La autodonación de Cristo, por amor fiel a la voluntad del Padre, alcanza su cima en el sacrificio de la cruz, anticipado sacramentalmente en la última Cena. Repetir las palabras de la consagración obliga a “*sentirse implicados en este movimiento espiritual*” de la donación de Jesús. La vida del sacerdote tiene sentido si aprende en cada Eucaristía a hacerse don, si es **una existencia entregada**. La obediencia a la que el sacerdote se compromete en la ordenación y las promesas que renueva en la Misa Crismal son una puesta en práctica, en su propia carne, de aquel “tomad y comed” con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

*“Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur”*

El cuerpo y la sangre de Cristo se ha entregado para la salvación del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres; la carne de Cristo se da “*para la vida del mundo*” (Jn 6, 51)

Al proclamar en la Eucaristía este misterio de salvación, hemos de sentirnos nosotros mismos salvados y llamados a progresar en la perfec-

ción de la santidad, que es la expresión plena de la salvación. Vivimos una **existencia salvada para salvar**, para ser anunciadores creíbles y ministros de salvación.

*“Hoc fácite in meam commemorationem”*

La Eucaristía es el memorial que actualiza sacramentalmente la muerte y la resurrección del Señor. Jesús nos ha mandado celebrarla no como recuerdo de un simple hecho, sino *“en memoria mía”*, como memoria de Él.

Repetir en cada Eucaristía las palabras del memorial es una invitación a desarrollar *“una espiritualidad de la memoria”*, para ser **una existencia que recuerda**. “En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen, especialmente a las nuevas generaciones, el riesgo de perder la relación con las propias raíces, el sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del *recuerdo fiel* de Cristo... bajo la guía del Espíritu Santo, según la promesa de Jesús: *“El será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho”* (Jn 14,26).

*“Mysterium fidei”*

Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y del vino, el *estupor siempre nuevo* por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Sobre el altar está presente “verdadera, real, sustancialmente” Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad.

La presencia de esta realidad sagrada hace de nuestra vida una **existencia consagrada**; y esta condición ha de manifestarse en todo nuestro modo de ser y sobre todo en el mismo modo de celebrar y de adorar este sagrado Misterio del que somos custodios. Siguiendo el ejemplo de tantos sacerdotes canonizados que se distinguieron por su prolongada adoración eucarística, hemos de llenar nuestras soledades con esta Presencia, para dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

“Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias”.

En cada Eucaristía, la memoria del Misterio Pascual de Cristo se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. La Eucaristía nos hace vivir *en espera de su venida*, hace de nuestra vida una **existencia orientada a Cristo**.

Los sacerdotes vivimos esta orientación a Cristo: “*En la forma propia de la caridad pastoral* que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alentar su esperanza”.

La gente, y particularmente los jóvenes, tienen derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de ver en ellos a Cristo (cf Jn 12,21). “No faltarán vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro misterio. Un sacerdote conquistado por Cristo (cf Flp 3,12), conquista más fácilmente a otros para que decidan a compartir la misma aventura”.

MARÍA es la gran maestra de la contemplación del rostro de Cristo. Ella puede enseñarnos a gustar la grandeza del Misterio Eucarístico, a celebrarlo con fervor y a estar en compañía de su Hijo escondido en el Sacramento.

Hasta aquí el resumen de la meditación papal. Ahora, si me lo permitís, quisiera contemplar el horizonte de esta hermosa meditación con alguna referencia al contexto inmediato posterior a la última Cena, que nos ayudará a comprender mejor el alcance de la entrega de Jesús a la muerte, anticipada en la institución de la Eucaristía, así como la autodonación que los sacerdotes debemos renovar en cada una de nuestras Eucaristías, de manera que éstas sean la fuente de donde procede la virtualidad de nuestro ministerio.

A la entrega eucaristía de Jesús sigue la pasión, la cruz y la muerte reales con todo su cruel dramatismo; no son palabras hermosas de un mero rito festivo las que pronunció Jesús: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Esta es mi sangre de la nueva alianza derramada para el perdón de los pecados”.

Se trata de un sacrificio real de la propia vida, cuya aceptación después de la Cena hubo de renovarse en una oración acompañada de sudor de sangre, que es ya anticipo de la sangre a derramar en la pasión, y que pone a prueba la confianza absoluta de Jesús en el Padre en el desgarramiento interior

que produce el pavor ante la muerte, que hay que asumir en obediencia a la voluntad del Padre por Amor.

El efecto pacificador y fortalecedor de esta oración tan auténtica se manifiesta en la soberanía manifestada por Jesús en la pasión y en la confiada entrega de su espíritu al Padre, después de haber cumplido fielmente todo lo que de él esta anunciado en las Escrituras.

Y en esta hora del poder de las tinieblas, del abandono de los suyos, del escarnio de los adversarios, de la aniquilación personal y del fracaso de su misión a los ojos de todos los hombres, pero no ante la mirada del Padre, se estaba realizando la redención de forma más efectiva que cuando multiplicó el pan y los saciados quisieron proclamarlo rey.

En esta hora de la fidelidad absoluta del amor, en pura gratuidad y sin fruto de reconocimiento por nadie; en esta hora en la que sólo el Padre acepta la confesión de su condición de Rey y de Hijo de Dios, que le valió la condena; en esta hora era glorificado el Hijo del hombre... pero el reconocimiento vendría después de la muerte. La prueba de la pasión tuvo que ser superada con la fortaleza de la esperanza cierta en la resurrección.

El discípulo no es más que el maestro y está llamado a correr su misma suerte. De ahí la exhortación apostólica de Pedro a todos los cristianos a alegrarse cuando comparten los padecimientos de Cristo. Pero de forma especial los sacerdotes somos representación sacramental del Señor en todo nuestro ministerio y en manera eminente en la **participación sacramental y real** en su Misterio Pascual de muerte y resurrección.

Nuestras celebraciones de la Eucaristía, en lo que a nosotros se refiere, no pueden ser sólo bellas declaraciones dentro de un marco festivo y estético en el que nos sintamos a gusto. Sin drama de cruz no hay gozo de resurrección. Sin vaciamiento interior de nuestra voluntad con dolor para asumir la de Dios no hay participación en la Eucaristía de Cristo, no hay gracia de santificación y no hay paz, ni libertad del amor, ni gozo en el ministerio.

Son numerosos los motivos de sufrimiento en el ejercicio actual de nuestro ministerio, que adquiere de forma creciente rasgos de pasión y cruz y está llamado a ser martirial y pascual. Esta es la forma en que el Señor nos pide participar en su misión para no caer en la tentación de la

desesperanza y el desaliento, para evitar el temor al rechazo del Evangelio que anunciamos, celebramos y vivimos, para ganar cada día la libertad del amor de Cristo y hacerla realidad en el ejercicio de la caridad pastoral, de manera que sigamos mirando al mundo actual y a los hombres de nuestra cultura con los ojos de amor del Padre y de su Hijo Jesús.

Tanto amó Dios al mundo, a su creación y a sus hijos los hombres, que les entregó a su Hijo y nos sigue entregando a nosotros como continuadores del ministerio de Jesús para la vida del mundo. Para esto nos ha elegido sacerdotes de su Hijo, el cual, a través de nuestro ministerio, ha de ser reconocido como buen pastor que ha venido a servir y dar la vida por sus ovejas. Por ello, os invito a confesar cada uno: **Tanto amó Dios al mundo que me ha entregado a mí, como sacerdote de su Hijo, para que el mundo participe de la vida de Cristo.**

Pero, ¿qué ocurre si nuestro ministerio no es acogido y no vemos fruto en nuestra misión? Primero habremos de procurar que la falta de acogida no sea debida a nuestro defectuoso ejercicio ministerial y, a la vez, aceptar con humildad serena que el tesoro de nuestro ministerio lo llevamos en frágiles vasijas de barro y que la fuerza de Dios se realiza en el debilidad.

Más ahora quisiera asistir, a la luz de lo antes meditado, en que **el fruto principal de nuestra misión es la fidelidad misma a la vocación** de ser representación sacramental de Cristo, que se manifiesta en la perfección de la santidad de vida por la identificación de nuestra voluntad con la del Padre y en la capacidad de amar y entregar la vida como Jesús. De esta manera **nuestra existencia sacerdotal siempre es fecunda**, pero esa fecundidad se manifestará cuando en el designio de Dios llegue el momento de la sazón del grano de trigo que es enterrado en tierra y muere.

La preocupación por el fruto inmediato, visible y evaluable de nuestro trabajo, puede ser una peligrosa búsqueda de nosotros mismos y una falta de confianza en el Señor. **El fruto, por ser obra de la gracia del Espíritu Santo, siempre ha de ser objeto de esperanza y, por tanto, siempre ha de ser algo que está por manifestarse.**

Hay que perder la vida para ganarla, según la sabiduría de la cruz y **hay que renunciar al deseo de ver el fruto para que nuestra existencia ministerial sea fecunda.** Esta pérdida de nosotros mismos se convertirá

---

en fuente inagotable de paz gozosa y de esperanza activa, de anhelo y capacidad evangelizadores, de libertad creadora de nuevas formas de testimonio del amor de Dios a los hombres de nuestro tiempo y de disponibilidad plena para el servicio del Evangelio en cualquiera nueva forma que nuestra Iglesia reconozca como voluntad del Señor, bajo la guía de su Espíritu, que nos llevará al descubrimiento de la verdad completa. Esta es nuestra esperanza que nunca se verá defraudada.

## **Homilía en la Eucaristía por el Papa Juan Pablo II en la Catedral de Salamanca (6 de abril de 2005)**

---

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes

Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.

Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

—

No estamos celebrando las honras fúnebres de una de las personas socialmente más relevantes de nuestro tiempo, sino el Misterio Pascual de Jesucristo y de su Iglesia, la victoria del Cristo total, es decir, de la Cabeza y de los miembros de su Cuerpo sobre el pecado y la muerte.

La Iglesia, que hace presente en la historia humana la encarnación de Cristo, actualiza son serena y gozosa esperanza la victoria de la resurrección en cada uno de sus hijos, que mueren en comunión con el Señor resucitado. Así, Cristo resucitado en la plenitud del tiempo es Alfa y Omega de nuestra historia y conduce cada historia personal a su plenitud en Dios.

Este camino pascual hacia la identificación plena con Dios, lo estamos celebrando a diario en la incontable muchedumbre de los hermanos elegidos por amor y llamados por gracia a la fe y a la vida según el Evangelio. En ellos, en la forma serena y gozosa de morir, se manifiesta día a día la soberanía de Cristo, la victoria de la fe que ha vencido al mundo.

El camino pascual del Cuerpo de Cristo encuentra hoy, en la pascua del Papa Juan Pablo II, una actualización del todo singular. Y no precisamente por la santidad de su vida entregada, en radical y absoluto seguimiento del Buen Pastor, sino por la significación que su ministerio de Sucesor de Pedro tiene en la Iglesia.

Muchos fieles pueden ser santos, pero sólo uno está en la sucesión y en la misión de Pedro, a quien el Señor constituyó roca y fundamento visible, para la permanente edificación de su Iglesia, por obra del Espíritu Santo. Este Espíritu le fue dado para predicar el Evangelio con autoridad hasta los confines del mundo, para fortalecer en la fe a los hermanos y para atar y desatar con el pleno poder de Cristo en la tierra y en el cielo, que incluye el poder divino de perdonar los pecados (cfr Mt 16, 18-19; Jn 20, 21-23).

En la misión del Papa está representada toda la misión de la Iglesia y el Papa es un elemento sacramental constitutivo de la Iglesia misma, que es Sacramento Universal de Salvación por ser Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. De ahí la relevancia que tiene en el misterio de la Iglesia la participación definitiva de un sucesor de Pedro en la Pascua de Cristo.

Hemos querido proclamar hoy el Evangelio de Juan que presenta el servicio apostólico de Pedro como un "officium amoris", como un "ministerio de amor". El escándalo de la cruz y la triple negación de Pedro son sanados por la triple confesión de amor a Jesús resucitado. Por ser Pedro la roca visible de la edificación de la Iglesia, se le pide un amor mayor que a los restantes Apóstoles. A las preguntas de Jesús, Pedro le contesta: "*Sí, Señor, tú sabes que te quiero*". Y a cada respuesta sigue el encargo de Jesús: "*Apacienta mis corderos*"... *Apacienta mis ovejas*".

A la confesión de la fe de Pedro en Jesús, como el Mesías Hijo de Dios vivo, siguió la institución de Simón en su oficio de Roca. Ahora Jesús ha pedido que la fe se haga viva por el amor, como condición para apacentar las ovejas, por las que Él mismo ha dado su vida como Buen Pastor. Simón Pedro, si me amas, apacienta mis ovejas y da la vida por ellas; atrae a la fe, fortalece en ella y guarda en mi nombre a quienes he rescatado al precio de mi cuerpo y de mi sangre y he trasladado al reino de la luz, para que conozcan al Padre y a mí, su enviado, y tengan vida eterna (cfr Jn 17,3).



El fiel cumplimiento de esta misión por los sucesores de Pedro y, en forma ejemplar, por Juan Pablo II, nos ha hecho posible vivir con gozo la experiencia cotidiana de que en el origen de la vocación a la vida, con sentido desde la fe, y en la fuente de la vocación a la misma, siempre está el amor de Dios, que nos elige y nos llama a la comunión de amor con él y a dar testimonio de ese amor a los hermanos.

Juan Pablo II nos ha legado enseñanzas luminosas sobre el Misterio de la Iglesia como Comunión, que tiene su origen en la inserción de nuestra vida en el misterio trinitario del Dios Amor, que nos llama a la comunión de amor con Él. *“Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor”* (Jn 15,9). *“Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él”* (Jn 14, 23). *“Si os mantenéis en mi Palabra, seréis en verdad mis discípulos”* (Jn 8,31).

La expresión “ser discípulos” indica ya que la comunión es fuente de la misión: *“Como el Padre me envió, también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 21-22), *“Que esté con vosotros para siempre”* (Jn 14, 16); *“Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros”* (Jn 14,17). Él *“Os lo enseñará todo hasta la verdad completa”* (Jn 16,13) *“Y la verdad os hará libres”* (Jn 8,32).

Esta verdad completa, que nos hace libres, es el conocimiento de Dios como Padre y la experiencia que tenemos del amor, que Dios nos ha mostrado al hacernos sus hijos (cfr Gal 4,4-7)

Jesús nos ha revelado al Padre, al cual sólo Él conoce. Sólo a través de Jesús vamos al encuentro gozoso con el Padre, que nos muestra cada día su amor con el perdón y la misericordia. En palabras de Juan Pablo II, en nuestra historia, el amor de Dios se manifiesta como misericordia; al final del tiempo, la misericordia se manifestará como amor (Cfr Dives in misericordia n. 90).

Y Jesús ha revelado en sí mismo a todo hombre el misterio del hombre, que queda definitivamente iluminado en su Misterio Pascual (GS 22). Más aún: “Él Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre” (GS 22).

Juan Pablo II comenzó su pontificado invitándonos a abrir las puertas a Cristo, que es el camino principal de la Iglesia hacia el Padre y hacia cada hombre, y ha afirmado de forma rotunda: **“En este camino que conduce de Cristo al hombre, en este camino por el que Cristo se une a todo hombre, la Iglesia no puede ser detenida por nadie. Esta es la exigencia del bien temporal y del bien eterno del hombre”** (Redemptor hominis 13b).

Y con la misma fuerza ha mantenido que: **“Todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre”**; y que: **“El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social... es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión... camino trazado por Cristo mismo... que conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención”** (Redemptor hominis 14<sup>a</sup>).

**“Un nuevo estupor y una gratitud sin límites- escribe Juan Pablo II- se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo. El creyente hace suyas las palabras del apóstol Juan: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!. Queridos, ahora somos hijos de Dios ya aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1-2). Así alcanza su culmen la verdad cristiana sobre la vida. Su dignidad no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor. A la luz de esta verdad San Ireneo precisa y completa su exaltación del hombre: “El hombre que vive” es “Gloria de Dios”, pero “La vida del hombre consiste en la visión de Dios”. (Evangelium vitae 27).**

Juan Pablo II concluye que el amor del hombre por la vida se: **“Desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la propia existencia el lugar de la manifestación de Dios, del encuentro y de la comunión con Él”** (Evangelium vitae). Y amplía, en paráfrasis, el razonamiento de San Ireneo, afirmando: **“Gloria dei, mundo secundum amore Dei ab homine exultus”, (la gloria de Dios en el mundo perfeccionado por el hombre según el amor de Dios)** (Memoria e Identidad p. 248).

En este horizonte espiritual, desde el amor apasionado a Dios y al hombre, fundidos ambos amores en el amor a Cristo, que los integra en unidad, se comprende todo el ardor cordial y la entrega apasionada de Juan Pablo II al testimonio del Evangelio por todos los caminos del mundo y de la historia, recorriendo el camino de cada hombre, en su lugar cultural o geográfico, para cumplir su propia misión en la Iglesia.

¡Cómo quisiéramos poder asumir cada uno vitalmente esta misma experiencia espiritual al participar, como miembros de la Iglesia, en el Misterio Pascual celebrado como intercesión y acción de gracias por Juan Pablo II!

Acaso podemos hacerlo mejor iluminados por la última enseñanza del Papa, en el pasado Jueves Santo, cuando nos dejó, a modo de testamento, el testimonio de la actitud espiritual con la que él celebraba la Eucaristía, entretejiendo en ella la propia vida, de manera que la vida quede por ella convertida en una existencia agradecida a Dios, entregada como don, salvada para colaborar a la salvación de los hombres, fiel a la memoria del Señor, consagrada por la comunión en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y siempre y en todo orientada a Cristo.

Así, la vida, el ministerio y la muerte de Juan Pablo II producirán sus fruto en nosotros. Así, hoy celebraremos el Misterio Pascual de Jesucristo y de su Iglesia, unidos a Juan Pablo II en la memoria agradecida y en la Comunión de los Santos.

## **Homilía en la Eucaristía de Acción de Gracias en el inicio del Pontificado de Benedicto XVI. Catedral Nueva, día 27 de Abril de 2005**

---

Lecturas: Hechos de los Apóstoles 4, 1-20.

Evangelio: Mateo 16,13-19.

—

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Queridas y dignísimas autoridades civiles, judiciales, militares y académicas.

Queridos hermanos todos en el Cuerpo de Cristo.

—

Os saludo a todos con cordial efecto y os agradezco vuestra participación en esta Solemne Eucaristía, con la cual la Iglesia diocesana de Salamanca se une a la acción de gracias que la comunión universal de las iglesias está elevando a Dios por la elección del Papa Benedicto XVI como sucesor de Pedro al frente de la Iglesia de Roma y de la Iglesia universal.

Los católicos de Salamanca hemos acogido a Benedicto XVI con el corazón abierto; le reconocemos como un don del Señor para su Iglesia y como el Pastor que el mismo Jesucristo nos envía para que en su nombre nos confirme en la fe. Valoramos las extraordinarias cualidades que adornan su rica personalidad humana y cristiana, espiritual, sacerdotal y pastoral, cultural y teológica; ellas hacen sumamente apto al nuevo Papa para la misión que le ha sido confiada. Pero nuestra acción de gracias procede de la fe en el misterio de la Iglesia y se dirige a Dios sobre todo por la sucesión del nuevo Papa en la misión de Pedro. La misión en la Iglesia prevalece sobre la persona.

Elevamos, por tanto, nuestra acción de gracias la gozosa confianza a la que nos exhortan las palabras de Jesús con las que acaba el Evangelio de Mateo: *“Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28, 18-20).

En el cumplimiento de esta misión universal de la Iglesia, encomendada por el Señor a todo el Colegio Apostólico, se sitúa la misión del todo peculiar confiada por Jesús a Simón Pedro. Se trata de una misión al servicio de la fe en Jesucristo.

Esta misión tiene su origen en la confesión de fe de Simón: *“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”* (Mt 16,16). Pero es una confesión que no procede de Simón, que supera su capacidad humana y le es inspirada por el

Padre: *“Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”* (Mt 16,17).

Y la razón de ser de la misión de Pedro es la edificación de la Iglesia en la fe en Jesucristo: *“Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos”* (Hch 4,12). Jesucristo, proclamará Pedro: *“Es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular”* (Hch 4,11). Con esta referencia a Cristo como piedra angular de la Iglesia y como único salvador de los hombres, el propio Pedro nos ha dado una luminosa clave para la recta interpretación de la misión a él encomendada por Jesús con estas palabras: *“Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”* (Mt 16,18-19).

Jesús cambió el nombre a Simón. Ahora es Pedro, roca y fundamento visible para la edificación permanente de la Iglesia en Cristo, que es la piedra angular.

Con el cambio del nombre, Jesús ha iniciado en Simón un proceso de cambio de su mente y de su corazón, cuyos frutos se irán manifestando progresivamente por la acción del Espíritu en él.

El fruto inicial del camino de mente se ha manifestado de forma inmediata y ha hecho a Pedro capaz de reconocer a Jesús como el hijo de Dios. Pero en el largo proceso, Pedro tuvo que ser también corregido por Jesús: *“Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”* (Mc 8,33). El cambio de mente se perfeccionará solamente con la luz de la resurrección y el don del Espíritu.

El cambio de corazón ha necesitado también un camino largo y doloroso, que ha pasado por la humillación de la negación. Sólo con el nuevo corazón, don del Espíritu del Resucitado, Pedro ha podido confesar: *“Señor, tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero”* (Jn 21,17).

Todo este largo recorrido existencial de Pedro ha sido conducido y acompañado por Jesús, que le había prometido: *“Yo he rogado por ti, para*

*que tu fe no desfallezca; y tu, cuando te recobres, confirma en la fe a tus hermanos” (Lc 22,31).*

Cristo construye cada día a Pedro como roca visible de su Iglesia, para que Pedro, a su vez, confirme en la fe y en la vida en Cristo al rebaño que el Señor le ha confiado apacentar. El rebaño y las ovejas no son de Pedro, sino de Jesús, el Buen Pastor que ha dado la vida por ellas (cf. Jn 10,11). Él nos ha cargado sobre sus hombros como Pastor y Obispo de nuestras almas (cf. 1 Pe 2,25).

La misión de Pedro está en referencia a la Iglesia y al Reino de los cielos. Jesús ha querido edificar sobre la roca de la fe de Pedro su Iglesia, es decir, la comunidad mesiánica de los discípulos con los que ha sellado una Nueva Alianza en su sangre y a la que ha constituido como su Cuerpo y Templo de su Espíritu. Pero las llaves entregadas a Pedro son las del Reino de los cielos. Lo que Pedro ate en la Iglesia, quedará atado en el Reino de los cielos; a quien Pedro abra las puertas de la Iglesia, se le abrirán las puertas del Reino de los cielos.

En cada uno de los sucesores de Pedro se hace también real el cambio de nombre, como signo del cambio de mente y de corazón, necesarios para la continuidad de la misma misión. El Cardenal Ratzinger ya tiene un nombre nuevo, que expresa la bendición de Dios: es Benedicto XVI. El hombre configura la misión recibida, pero la misión y su expresión en el nombre nuevo va a configurar al hombre y le da una nueva identidad eclesial como sucesor de Pedro.

¡Qué bien ha comprendido Benedicto XVI el sentido de su ministerio de sucesor de Pedro! En su homilía primera ha resaltado que no se siente sólo, sino en la comunión con toda la Iglesia; y **que su programa es hacer la voluntad de Dios y no la propia**; que a nadie tratará de imponer sus ideas, sino que estará a la escucha de la Palabra de Dios en comunión con toda la Iglesia para discernir la voluntad del Señor, dejarse conducir por él y, así, orientar a todos a la obediencia de la fe.

Con la misma valentía de Pedro y Juan, aunque con mucha instrucción y cultura, seguirá Benedicto XVI proclamando que la Iglesia no puede dejar de hablar de lo que los primeros Apóstoles vieron y oyeron y ella misma ha creído (Cf. 1Jn 1, 1-3): que sólo por el nombre de Jesús, y no por ningún otro, puede presentarse hoy ningún hombre integralmente

sanado en medio de nuestra sociedad. **Jesucristo es el único salvador del hombre.** Y en este anuncio la Iglesia no va a ser callada, porque tiene viva conciencia de estar obligada a obedecer a Dios más que a quienes, por no haber comprendido el significado de lo acontecido en Jesús, pretendan reducirla al silencio.

En la forma como Cristo vivió en plenitud su libertad como obediencia al Padre por amor, para la salvación del mundo, nos ha mostrado Dios su voluntad, es decir, el camino de la verdad, que los cristianos acogemos con alegría. En efecto: “Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención” (LG 3)

Solo cuando conocemos a Dios y al hombre en Cristo, conocemos la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador” (GS 19). Por ello, la oscuridad de Dios deja vacías las almas y las sitúa en un desierto interior que con facilidad puede dar origen a crecientes desiertos exteriores de la pobreza y el hambre, del abandono y la soledad, del amor destruido y de la falta de justicia en la distribución de los bienes de la tierra, que amenaza gravemente la paz.

No tenemos la voluntad de Dios como un yugo exterior que nos oprime. Conocer la voluntad de Dios no nos aleja de nuestra identidad, sino que nos abre la puerta al conocimiento de nosotros y a la relación con el prójimo. La voluntad de Dios es la gloria del hombre recreado a imagen de Cristo, exige el respeto a su verdadera naturaleza, a su dignidad inviolable y a la libertad que corresponde a su llamada al amor. Obedecer a Dios más que a los hombres es una garantía de que la vida del hombre no se hace algo banal y sin sentido, no se devalúa en su identidad más propia, es irreductible en la búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza y no se deja convertir en instrumento al servicio de otro fin.

Obedecer a Dios es la garantía de un ejercicio responsable de la libertad desde el amor, que hace al hombre disponible al servicio de los demás. La obediencia a Dios, por tanto, es la garantía de que preferimos ser crucificados antes que crucificadores de los demás, tener paciencia y misericordia antes que erigirnos en jueces y condenadores de los prójimos, entregar la propia vida antes que utilizar la de los otros para nuestro provecho.

Obedecer a Dios, en fin, es para la Iglesia garantía de fidelidad en el cumplimiento de su misión, de manera que el Evangelio no se desvirtúe y la propia Iglesia nunca caiga en la tentación de limitarse a ser una agencia internacional de beneficencia o de prestación de servicios sociales y culturales al gusto y dictado de los poderes del mundo.

Porque hemos conocido la voluntad de Dios en Cristo, sabemos que el mundo se salva por el amor y no por el poder. Y esta convicción se manifiesta en la misma pedagogía que Dios y la Iglesia aplican para atraer suavemente a los hombres a la fe sin coacción alguna e iluminando con la Palabra del Evangelio su conciencia, cuyo dictado en todo momento ha de seguir el hombre con plena libertad. (cf. D.H. 11).

Evocando la predicación de Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI ha comenzado a confirmarnos en la fe con la viva exhortación a abrir de par en par, sin temor, las puertas a Cristo. No encuentro mejor forma de terminar sino repitiendo sus ardientes palabras: ¿Acaso no tenemos todos cierto miedo de que Cristo pueda quitarnos algo de nuestra vida si le dejamos entrar totalmente dentro de nosotros? No. “¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrir, abrir de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida”.

Os ruego que acojáis todos con amor la ardiente súplica de Benedicto XVI y acompañéis con vuestra constante oración su ministerio apostólico, para que el Señor le conceda la gracia de desempeñarlo con fidelidad, fortaleza, amor y libertad de espíritu.

---

## **Homilía en la Fiesta de San Juan de Ávila**

---

Día 10 de mayo de 2005

Queridos hermanos sacerdotes y familiares:

En la gozosa celebración de la fiesta de San Juan de Ávila, Patrón del clero de España, nos unimos todos, en la alabanza y acción de gracias a



Dios, a los hermanos que hoy celebran sus bodas de oro y plata: Alipio Ruiz Sierra, Jesús Pereña Luis, Sebastián González García, Teófilo Alonso Alonso, Hilario Fernández del Rey, José Calvo Fernández, Juan García García y Demetrio Franco Franco.

La mayor parte de nosotros podemos mirar ya hacia atrás con una larga perspectiva y podemos tener un sentimiento muy cercano al de quienes después de 25 o 50 años de ejercicio fiel, fructífero y gozoso del ministerio sacerdotal, podríais hacer vuestras las palabras de Pablo en el atardecer de su vida: “He competido bien en el combate por el Evangelio, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo juez” (2 Tim 4,6-8).

Al recordar estas palabras de Pablo no pretendo jubilaros ni, menos aún, acercaros prematuramente el momento de la glorificación eterna. La referidas palabras de Pablo contienen un programa de acción para cada momento de nuestra vida, joven o madura, y nos abren a la esperanza de la corona de la justicia con que Dios llevará a plenitud nuestra fe y el servicio al Evangelio. Y esta apertura a la esperanza que no defrauda es fortaleza diaria de nuestro ministerio.

El mismo Pablo nos ha exhortado hoy, en la primera lectura proclamada, ofreciéndonos claves fundamentales para la recta comprensión y el fructífero ejercicio de nuestra tarea presbiteral.

*“Ciudad de vosotros mismos y de todo el rebaño, pues el Espíritu Santo os ha constituido vigilantes para apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo se ha adquirido con su sangre”. (Hch 20,28).*

Esta frase central del discurso de Pablo a los ancianos de Efeso sitúa el ministerio presbiteral y episcopal en una perspectiva trinitaria.

La fuente del ministerio es el Espíritu Santo que nos ha constituido en el oficio de apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo adquirió con su sangre. El Espíritu Santo es la fuente de nuestra propia misión presbiteral y la fuente de nuestra santificación y así aparece con más claridad que el ejercicio del propio ministerio es el lugar privilegiado para nuestra santificación.

La designación de nuestro oficio de pastores como un oficio de “*vigilantes*” expresa que el encargo pastoral exige un gran esfuerzo de vigilan-

cia sobre nosotros mismos y sobre el propio rebaño. Se trata de custodiar la unidad del Cuerpo de Cristo en la fe y conducir al pleno desarrollo de la vida espiritual y eclesial a la comunidad que nos ha sido confiada.

El “Decreto Presbyterorum Ordinis” describe esta misión y obligación del presbítero con estas palabras: “Ejercer la función de Cristo, Cabeza y pastor, según la parte de autoridad que les corresponde; reunir en nombre del Obispo a la familia de Dios como una fraternidad con una sola alma y conducirla a Dios Padre por Cristo en el Espíritu” (PO 6).

El contenido asignado a esta tarea ministerial define claramente que la vida cristiana no se puede reducir a puro esfuerzo moral ni a su dimensión social, sino que es necesario orientarse al encuentro con Dios. El Pastor ha sido llamado a conducir a los fieles a la santidad introduciéndolos en la relación vital con Dios Padre, a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta obra de santificación de los fieles implica que el presbítero viva él mismo la vida espiritual que transmite a los demás.

En esta línea, el discurso de Pablo nos ha exhortado a cuidar no sólo del rebaño sino de nosotros mismos: “*Tened cuidado de vosotros*” (Hch. 20, 28). Y nos ha declarado la forma de tener ese cuidado, al decir: “*Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia*” (Hch 20,32). Con estas palabras nos ha recordado que, antes de ser ministros de la palabra, somos hombres encomendados a la Palabra de Dios, confiados a su cuidado y custodia, llevados y conducidos por ella, consagrados a la Palabra que nos evangeliza y nos convierte en los primeros creyentes, nos lleva a la madurez en la fe y nos santifica. La Palabra es poder de Dios (Cf. Rom 1, 16), capaz de salvar la vida (cf. Sant 1,21); comunica la sabiduría que lleva a la salvación (cf. 2 Tim 3, 15-17) y: “*Tiene el poder de edificar y de conceder la herencia reservada a todos los santificados*” (Hch 20,32). A ellas es debida la edificación de nuestra fe personal, además de la fe de la comunidad que nos ha sido confiada.

Nosotros sólo podremos ser testigos de la Palabra ante los demás si permanecemos encomendados a ella y nos confiamos a ella. Y con esto queremos decir que ponemos nuestra fe en la Palabra de Dios y no en nosotros mismos o en otra realidad cualquiera; que cada día disponemos atentamente nuestro oído para escuchar como discípulos la Palabra de Dios y organizamos nuestra jornada para que la Palabra sea sembrada en

nosotros y dé en nosotros su fruto, de manera que podemos decir como Jesús: “*Yo guardo la Palabra de Dios*”. (cf. Jn 8,55). Y tenemos muy presente su indicación: “*Sin mí no podéis hacer nada*” (Jn 15,5).

Sólo con Jesús podemos desarrollar nuestro ministerio, dejándole a Él la plena y soberana iniciativa. No bastan nuestras capacidades ni nuestras fatigas para ser enviados y apóstoles de Jesús, de la misma manera que Él es el enviado del Padre. Resulta absolutamente necesario que vivamos con Él (Nc 3,14), en plena comunión con Él, y que busquemos en todo momento trabajar como enviados y pastores que participan en la misión única del Hijo. No tenemos nada nuestro para llevar a los hombres, no somos nada sin el Señor que actúa en nosotros y por medio de nosotros; nada podemos hacer sin obedecer y comulgar con el Señor que actúa en nosotros; nada podemos hacer sino en la obediencia y comunión con: “El Hijo que no puede hacer nada por su cuenta, sino sólo lo que ve hacer al Padre” (Jn 5,19).

En el discurso de despedida Pablo ha referido las pruebas y hostilidades que ha soportado como parte de su ministerio de Apóstol y ha predicho las contiendas que nos esperan en la defensa de la verdad de la fe y de la unidad del rebaño. Y ante estas dificultades nos ha encomendado a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio de la Iglesia.

Pablo ve en estas pruebas del Apóstol la ocasión de tomar parte en los padecimientos de Cristo. Y nosotros, más allá de aquello que hacemos para ejercer nuestro ministerio, y al margen de la eficacia que pueda tener nuestra tarea, hemos de considerar esencial lo que es nuestra relación personal con el Señor. Conscientes de que nuestro ministerio está puesto bajo la encomienda de la Palabra de Dios, perseguimos nuestra santificación como oblación y desposeimiento, como desprendimiento de toda la escoria que impide que brille en nosotros en toda su pureza la imagen que somos de Cristo sacerdote y buen pastor. En el itinerario del ministerio como seguimiento de Cristo, las contradicciones padecidas nos ayudan a vivir con los ojos fijos en el Señor sufriente y glorioso y aprendiendo sapiencialmente a alegrarnos cuando compartimos los sufrimientos del Crucificado. El ministerio sacerdotal se convierte así en camino de unificación con Cristo y en camino de santificación.

La santificación es participación en la santidad de Dios revelada en su hijo Jesucristo y transmitida mediante el don del Espíritu entregado por el Resucitado. La santificación se realiza por tanto en un proceso de relación.

En relación con el Hijo Jesucristo- “el santo de Dios” (Jn 6,69)- el creyente tiene acceso a la santidad. “Cristo, en efecto, se ha hecho para nosotros justicia, santificación y redención” (1Cor 1,30); la parte que le corresponde al hombre, en lo que se refiere a la santificación, es única y esencialmente la fe. ‘Esta es la obra de Dios: creer en aquel que Él ha enviado’ (Jn 6,29). ¡El santo es ante todo el creyente hombre de fe! Esto es, aquel que deja obrar en sí mismo la energía de la resurrección, aquel que se deja guiar por el Espíritu de Dios para ser hecho semejante al Hijo, para crecer hasta alcanzar la estatura de Cristo. No puede sorprendernos, por tanto, que en el Nuevo Testamento el nombre dado a los cristianos se el de ‘santos’ (*hágioi*: Hch 9,13.32; Rom 1,7;8,27; 12,13). En el origen de la santificación de los cristianos se encuentra un acontecimiento de gracia y de amor: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para hacerla santa” (Ef 5,25-26)”. (E.Bianchi, A los presbíteros, pag. 72).

Es el camino de la santificación, la parte que corresponde a la fe se manifiesta como lucha por oponerse a la mundanidad y la ruptura con el mundo, pero viviendo en plena compañía con los hombres, viene exigida por el Misterio Pascual que se celebra en la Eucaristía. Las relaciones en la comunidad eclesial han de ser distintas de las que se dan en la sociedad civil: “*Los reyes de las naciones ejercen su dominio sobre ellas y los que tienen autoridad reciben el nombre de bienhechores. Pero vosotros no debéis proceder de esta manera. Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda como el que sirve*” (Lc 22, 25-26).

A los Obispos y presbíteros nos corresponde la tarea de vigilar para que las relaciones en la Iglesia no sean una transferencia de los modelos mundanos. Y a ellos contribuye en gran medida nuestro testimonio de autenticidad de vida en la pobreza, la castidad y la obediencia, así como el estilo evangélico de nuestro ministerio al servicio de la realización del ministerio de Dios en Jesucristo. Como ministros de la reconciliación, impregnamos de misericordia nuestras relaciones con los miembros de nuestra comunidad y con todos los hombres. Viviendo la caridad pastoral, mostramos que: “*Mayor felicidad hay en dar que en recibir*” (Hch 20,35).

Escuchando a los hermanos y cargando con sus heridas, mostramos a todos el ejemplo de vida del: “*Buen pastor que da la vida por sus ovejas*” (Jn 10,11).

Celebrando la Eucaristía, introducimos a los hermanos en el Misterio Pascual y los hacemos personas capaces del Ministerio, oyentes de la Palabra de la vida y de la silenciosa brisa de Dios que pasa siempre por el mundo, abiertos a la búsqueda de los signos de la trascendencia, dispuestos a creer y a orar, a trabajar y esperar, a celebrar y estar presentes como testigos de Cristo en el mundo.

No tiene mucho sentido, y es tarea imposible, empeñarse en fabricar liturgias nuevas para un hombre viejo y ciego ante el Misterio; para un hombre que busca sólo productos y gustos, que no trasciende sus sentidos y apetitos. Por ello, entre nuestras tareas primeras y urgentes tenemos hoy la de crear sujetos capaces de celebración, de ver a Dios y de entrar en la lógica de Cristo; suscitar hombres abiertos al Misterio de Dios y del hombre, capaces de memoria con sentido y de contemplar, alabar y celebrar, enseñar a habitar en el Misterio y a liberarse de la fascinación que la realidad inmediata ejerce en los sentidos; mostrar cómo descubrirse habitado por el mismo Misterio y no vacío de luz, de amor y de libertad. De esta manera nuestra ministerio santificador en la liturgia se nos mostrará además como la fuente de donde brota la capacidad de lo más auténticamente humano.

Porque esta fascinante tarea nos supera tanto como nos alienta, ponemos nuestra vida y ministerio en las manos de Dios y pedimos con amor y humildad al Señor que nos confíe y encomiende cada día al cuidado de su Palabra de gracia.

## **Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi. Año 2005 (29-Mayo)**

---

La Iglesia, en toda su historia, ha puesto el máximo cuidado en cumplir fielmente el mandato del Señor: “*Haced esto en memoria mía*” (Lc

22,19: 1 Cor 11, 24). Y lo ha hecho en fidelidad al significado de esta memoria en la enseñanza del Apóstol Pablo: *“Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo entregado por vosotros;... Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; ... Así pues, cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga”* (1Cor 11,26).

El Concilio Vaticano II ha actualizado la fe eucarística tradicional de la Iglesia con estas palabras: “Nuestro Salvador, en la última Cena, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracias y se nos da una prenda de la gloria futura” (SC 47).

La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía sigue impulsando hoy al pueblo católico a ofrecer especial culto de adoración a este admirable Sacramento en la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo y debemos hacerlo con peculiar relevancia en este año de la Eucaristía.

La Palabra de Dios hoy proclamada ha situado en la primera lectura el donde la Eucaristía en referencia al maná, con el que Dios alimentó a su pueblo peregrino en el desierto. Era el espacio y el tiempo de la prueba a la que Dios sometía a su pueblo, sacado de la esclavitud Egipto, para conocer sus intenciones, comprobar su fidelidad a los preceptos divinos y, en suma, para que el pueblo beneficiario de la amorosa solicitud y misericordia divinas acreditara su confianza en Dios, mostrando con hechos dónde tenía puesto su corazón y de qué bienes aspiraba a vivir: del pan material que alimenta su cuerpo o bien de la verdad que, como luz para la vida, sale de la boca de Dios. En este contexto, el alimento con el maná es un medio de la pedagogía de Dios para conducir al pueblo a la confianza en él y en el poder salvador de su palabra. Y el mismo maná tiene carácter de memorial: es el alimento divino que actualiza la solicitud amorosa y el cuidado providente de Dios respecto a su pueblo, para que no olvide y mantenga viva la fe en su Dios, que le sacó de Egipto.

Lo acontecido en aquellas circunstancias históricas es modelo válido para todas las épocas y para interpretar la experiencia histórica de Israel como una dimensión de la existencia humana en cualquier tiempo.

El mismo Jesús nos autoriza a realizar esta interpretación, cuando en el desierto responde al tentador, que le invita a saciar su hambre convirtiendo las piedras en pan, citando las palabras con las que el Deuteronomio pretendió enseñar: *“Que no sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

Estas palabras adquieren en boca de Jesús una validez permanente como indicativo de la actitud que ha de tener quien ha acogido su Evangelio del Reino de Dios.

Lo que estaba en juego en la tentación de convertir las piedras en pan era la esencia de la misión de Jesús, y en consecuencia, el orden justo de la vida humana, el camino del ser humano y la senda de nuestra historia. Y, más en lo profundo, lo que estaba y está en juego en toda tentación es la primacía de Dios en la vida del hombre.

En efecto, la tentación comienza con las palabras: *“Si eres Hijo de Dios...”* Se trata de palabras semejantes a las que sus adversarios le dirigen en todo de burla cuando está en la cruz: *“Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz”* (Mt 27,40). Se le exige a Jesús que pruebe de forma irrefutable quién es, convirtiendo las piedras en pan y bajando de la cruz.

A lo largo de toda la historia humana, ¿hay algo más trágico que el hambre de la humanidad y el patíbulo de las víctimas inocentes, algo que contradiga más la fe en un Dios bueno y redentor de los hombres? Si Dios había alimentado a su pueblo con el maná, ¿no tenía que acreditarse el Mesías como redentor del mundo, dando de comer a todos y acabando con el problema del hambre? Convertir el desierto en pan fue el proyecto marxista y su promesa de salvación.

Una buena parte de los hombres de nuestro tiempo le presenta hoy a la Iglesia el mismo reto tentador: Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan para el mundo. Y no es fácil eludir este desafío, porque el grito de los hambrientos nos llega hasta el fondo del alma, de forma especial en este “Día de Caridad”.

La respuesta de Jesús a la provocación del tentador no se agota en su cita de las palabras del Deuteronomio: *“No sólo vive el hombre de pan, sino de todo cuanto sale de la boca de Dios”*.

**Jesús multiplicó el pan** para las personas que le habían seguido por el desierto para escuchar su palabra. ¿Por qué hizo en ese momento lo que antes había rechazado como tentación? La clave está en que aquellas personas se habían descuidado de todo para seguir a Jesús y escuchar su palabra y estaban en disposición de compartir; uno pone a disposición de Jesús los panes que tiene, para que él los reparta entre todos. Como personas que habían abierto su corazón a Dios y a los demás, podían recibir el pan en justicia. Jesús no es indiferente ante el hambre y la necesidad material de los hombres, pero sitúa la necesidad materiales en su lugar correcto y les da el orden justo de prioridad. Y, como prueba de ello, huye de la multitud que, al ver el milagro de la multiplicación del pan, quiere proclamarlo rey; es decir, huye de la tentación de cambiar el significado de la misión recibida del Padre.

El relato evangélico de la multiplicación de los panes es un anticipo y figura del relato de la institución de la Eucaristía en la Última Cena. La Eucaristía, entregada a la Iglesia como don y mandato, será el milagro permanente que Jesús hace respecto del pan para saciar el hambre del mundo. Jesús mismo se convierte en grano de trigo que muere y da mucho fruto (cf 12,24).

Él mismo se hace pan para nosotros y la multiplicación de este pan dura sin interrupción hasta el fin de los tiempos. *“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”*.

*“Si eres Hijo de Dios, dile a estas piedras que se conviertan en pan”* (Lc 4,3). *“Si eres Hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz”* (Mt 27,40). ¡De qué forma tan distinta, en fidelidad al proyecto de Dios y con la libertad del amor, ha realizado Jesús los anhelos que, como fondo de verdad, estaban latentes en las trampas del tentador. No se bajó de la Cruz, porque en ella tenía que consumir el sacrificio de la entrega de su vida, como nueva



alianza sellada con su sangre, para el perdón de los pecados. No se bajó de la Cruz, porque en ella tenía que consumir el sacrificio de la entrega de su vida, como nueva alianza sellada con su sangre, para el perdón de los pecados. No se bajó de la cruz, porque tenía que probar su condición del Hijo de Dios con la obediencia libre por amor. Tenía que entregar su Cuerpo a la muerte y derramar su Sangre en la Cruz, para darnoslos como alimento de la vida nueva que Dios Padre regala a quienes comen el Cuerpo de Cristo. *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, no es comunión con el Cuerpo de Cristo”* (1 Co 10, 16). La Eucaristía es la respuesta perfecta de Jesús a todas las provocaciones que el tentador le presenta en referencia a todas las necesidades de los hombres.

La Iglesia debe encontrar igualmente en la Eucaristía la respuesta perfecta las peticiones que, de forma más o menos provocadora, le presentan los hombres de todos los tiempos. En efecto, en la Eucaristía, mediante la comunión del Cuerpo de Cristo, el Espíritu Santo convierte a la Iglesia en instrumento de transformación de los hombres en hombres nuevos, recreados a semejanza de Jesús. Mucho mayor, más necesario y de mayor trascendencia que el milagro de cambiar las piedras en panes, es el milagro de convertir el corazón de piedra en corazón de carne, con auténtica sensibilidad humana y capaz de amar a Dios y al prójimo. Así se hace realidad el antiguo anhelo y esperanza de Israel: *“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos”* (1 Cor 12, 25).

¿Por qué hay realmente tanta hambre en el mundo? Porque las almas están en ceguera y escasas de alimento, porque los corazones están petrificados. El mundo está en desorden, porque los corazones están desordenados, porque les falta el amor que muestre el camino hacia la justicia. Por ello, es preciso siempre tener presente que: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4). Para que haya pan para todos, primero tiene que ser alimentado el corazón del hombre. Para que haya justicia entre los hombres, la justicia tiene que crecer en los corazones; pero ella no crece sin Dios y sin el alimento fundamental de su Palabra. Esta Palabra se ha hecho carne, se ha hecho hombre, para que

podamos recibirla, para que nos pueda servir de alimento (cf J. Ratzinger, *Caminos de Jesucristo*, 99-100).

Queridos hermanos: permitidme terminar recordando unas frases dichas por el Papa Benedicto XVI en la homilía de la celebración del Corpus en Roma, el pasado jueves: “La procesión del Corpus Christi... responde simbólicamente al mandato del Resucitado: os precedo en Galilea. Id hasta los confines del mundo, llevad el Evangelio al mundo. Ciertamente la Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor ha instituido el Sacramento en el Cenáculo, circundado por su nueva familia, por los doce Apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de familia, por los doce Apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos... Sin embargo, la fuerza del Sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Este aspecto universal de la presencia eucarística se muestra en la procesión de nuestra fiesta”.

“En la procesión del Corpus Christi –continúa diciendo el Papa– acompañamos al Resucitado en su camino por el mundo entero... Y, de este modo, respondemos también a su mandato: “Tomad y comed... bebed todos” (Mt 26,26). No se puede “comer” al Resucitado, presente en la forma del pan, como un simple trozo de pan. Comer esta pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Esta comunión, este acto de “comer”, es realmente un encuentro entre dos personas, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, de quien es mi Creador y Redentor. El objetivo de esta comunión es la asimilación de mi vida con la suya, mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a quien nos precede. Adoración y procesión forman parte, por tanto, de un único gesto de comunión; responde a su mandato: “Tomad y comed”.

Que así sea, para que nuestra vida en Cristo haga presente la gloria de Dios.

## CARTAS

### Visita “ad Límina” (11-enero)

---

Salamanca, 11 de enero de 2005

A los sacerdotes, religiosos y fieles laicos de la  
Comunidad diocesana de Salamanca

Queridos hermanos:

Os anuncio que durante los días 16 al 26 de este mes he de cumplir en Roma el gozoso deber de la llamada “**visita ad límina**” que, según la disciplina general de la Iglesia, todos los Obispos hemos de realizar cada cinco años para venerar los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y expresar la Comunión apostólica con el Romano Pontífice.

La visita a los sepulcros de los Apóstoles Pedro y Pablo es una manifestación de Comunión de los actuales Obispos, como sucesores de los apóstoles, con aquellos que están los primeros en la cadena de la sucesión apostólica y en el testimonio del Evangelio, que sellaron con el martirio en la ciudad de Roma; es decir, es un signo externo de la permanencia en la tradición apostólica, que nos lleva hasta el mismo Jesucristo.

Y el encuentro personal con el Papa manifiesta la Comunión apostólica de cada Obispo diocesano con el actual sucesor de Pedro y Cabeza del

Colegio de los Obispos, así como la Comunión de cada Iglesia diocesana, representada por un Obispo, con la Iglesia de Roma y con la Iglesia universal, que tiene al Obispo de Roma como cabeza visible. Así se ponen de manifiesto aspectos fundamentales del Misterio de Comunión que es la Iglesia, en sus dimensiones histórica y actual.

Por lo que se refiere a la forma concreta de realizar la “visita ad límina” y de expresar los referidos signos de Comunión, os hago saber que la visita la realizamos los Obispos de España en dos grupos. El grupo primero en la segunda quincena de enero y el grupo segundo en el mes de febrero. En el grupo de enero estamos todos los obispos de las provincias eclesiásticas de Valladolid y Burgos.

La visita a los sepulcros de los apóstoles, aparte de su realización personal, tiene una forma comunitaria expresada en una Concelebración Eucarística en la Basílica de San Pablo y en la de San Pedro.

Pero, sin duda, los momentos centrales y más emotivos de la visita son los encuentros con el Papa. Cada Obispo tiene un encuentro con el Papa a solas, para transmitirle lo que estime más oportuno sobre la situación pastoral de la Diócesis y escuchar sus orientaciones. Los restantes encuentros con el Papa se realizan por grupos: un día se celebra la Eucaristía con él de madrugada en su oratorio privado y se comparte también la comida de mediodía en su comedor particular. La conversación durante la comida es familiar, espontánea y del máximo interés. Además, hay otro encuentro más oficial con todos los Obispos en visita de la misma Conferencia Episcopal, en el que se intercambian saludos y obsequios, y en el que el Papa dirige a los obispos un discurso con las orientaciones que estima oportunas para la Iglesia en el correspondiente país.

La “visita ad límina” incluye también encuentros de los obispos en grupos con los principales colaboradores del Papa en el gobierno de la Iglesia universal. La visita es obligada a las Congregaciones más importantes de la Curia Romana y es de libre elección de cada Obispo a otras Congregaciones o Consejos. En ambos casos, se trata de encuentros del máximo interés, pues los Obispos tenemos oportunidad de informar y manifestar nuestras preocupaciones y recibimos también del Cardenal Perfecto o del correspondiente Presidente orientaciones oportunas sobre la

acción pastoral actual en cada sector de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Como preparación de estos encuentros, los Obispos tenemos el deber de enviar previamente a la Santa Sede un informe, llamado "*relación quinquenal*", sobre los diversos aspectos de la situación y actividad pastoral de la Diócesis. Este informe es estudiado detenidamente por los organismos correspondientes de la Curia y sobre él se nos envía después de la visita las observaciones o sugerencias oportunas.

A pesar de que la agenda de los diversos días está bastante programada y llena, quedan momentos para visitas particulares de los Obispos a las Congregaciones de la Curia en las que tengan que resolver asuntos propios de su Diócesis. E igualmente para visitar instituciones eclesísticas españolas o superiores mayores religiosos, que tengan especial relación con la propia Diócesis. Y también suele ser habitual una invitación a los obispos por parte de la Embajada de España ante la Santa Sede.

De acuerdo con la costumbre, haré la "visita ad límina" acompañado por los más cercanos colaboradores, el Vicario General y el Vicario de Pastoral, que podrán tomar parte en los actos no reservados a los Obispos. Al terminar la audiencia personal, los Vicarios pasarán conmigo a saludar al Santo Padre. Las fotografías de este encuentro las conservaremos todos como un recuerdo entrañable.

Con esto creo que la información está bastante completa. Sólo me resta pedir que acompañéis esta "visita ad límina" con vuestra oración por el Santo Padre y por la Iglesia universal, así como por el fruto de la misión evangelizadora en nuestra Iglesia diocesana y que a través de vuestro Obispo os sintáis íntimamente unidos, en comunión de fe y de afecto cordial, al Romano Pontífice, Juan Pablo II.

Fraternalmente en el Señor

† Carlos López  
Obispo de Salamanca.

---

## Vence al mal con el bien (16-01-05)

---

En su Mensaje, para la Jornada Mundial de la Paz, el Papa nos invita a asumir como programa para la promoción de la paz la exhortación de S. Pablo en la Carta a los Romanos: *“No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien”*(12,21)

“Dado que el bien de la paz está unido estrechamente al desarrollo de todos los pueblos, es indispensable tener en cuenta las *implicaciones éticas del uso de los bienes de la tierra*” Cada persona es titular de los derechos y deberes que corresponden a su ciudadanía mundial, de la cual se deriva la obligación de la solidaridad internacional con todos los necesitados. Al servicio de las necesidades primarias de todos los hombres han de ser puestos también los nuevos bienes provenientes del conocimiento científico y del progreso tecnológico, por exigencia del principio del *destino universal de los bienes de la tierra*.

La recta aplicación de este principio permite afrontar adecuadamente el desafío de la pobreza. Las condiciones de miseria en las que viven aún más de mil millones de seres humanos y el incumplimiento de las reiteradas promesas de ayuda pública al desarrollo ponen de manifiesto la necesidad de una movilización moral y económica a favor de los países pobres.

En la situación actual del mundo percibe el Papa la *proliferación de múltiples manifestaciones sociales y políticas del mal*. *“El mal tiene siempre un rostro y un nombre: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que han sido dados en el Hijo de Dios hecho hombre, son la fuente de donde brota día a día nuestro esfuerzo en la lucha para vencer el mal con el bien. También el mal causado por las fuerzas de la naturaleza debe ser vencido por el bien del amor”*.

---

## **Visita “ad Límina” a Roma (30-enero)**

---

La visita a los sepulcros de los Apóstoles Pedro y Pablo es una manifestación de comunión de los actuales Obispos, como sucesores de los Apóstoles, con aquellos que están los primeros en la cadena de sucesión apostólica y en el testimonio del Evangelio.

El encuentro personal con el Papa manifiesta la comunión apostólica de cada Obispo diocesano con el actual sucesor de Pedro.

La visita a los sepulcros de los Apóstoles, aparte de su realización personal, tiene una forma comunitaria expresada en una Concelebración Eucarística en la Basílica de S. Pablo y en la de S. Pedro.

Pero, sin duda, los momentos centrales y más emotivos de la visita son los encuentros con el Papa. Cada Obispo tiene un encuentro con el Papa a solas, para transmitirle lo que estime más oportuno sobre la situación pastoral de la Diócesis y escuchar sus orientaciones. Los restantes encuentros con el Papa se realizan por grupos: un día se celebra la Eucaristía con él de madrugada en su oratorio privado y se comparte también la comida del mediodía en su comedor particular. La conversión durante la comida es familiar, espontánea y del máximo interés. Además, hay otro encuentro más oficial de la misma Conferencia Episcopal en el que se intercambian saludos y obsequios y en el que el Papa dirige a los Obispos un discurso con las orientaciones que estima oportunas para la Iglesia en el correspondiente país.

La “visita ad límina” incluye también encuentros con los Obispos en grupos con los principales colaboradores del Papa en el gobierno de la Iglesia universal. La visita es obligada a las Congregaciones más importantes de la Curia Romana y es de libre elección de cada Obispo a otras Congregaciones o Consejos. En ambos casos, se trata de encuentros del máximo interés, pues los obispos tenemos oportunidad de informar y manifestar nuestras preocupaciones y recibimos también del Cardenal Prefecto o del correspondiente Presidente orientaciones oportunas sobre la acción pastoral actual en cada sector de la misión evangelizadora de la Iglesia.

---

## Manos Unidas, 2005

### Norte-Sur: Un futuro común

---

A los sacerdotes, religiosos y fieles laicos  
de la Diócesis de Salamanca

Queridos hermanos:

Al invitaros con estas letras a colaborar generosamente con Manos Unidas en la Campaña Contra el Hambre del año 2005, permitidme que lo haga poniendo en relación el significado de la cooperación de Manos Unidas al desarrollo con el Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de la Paz, celebrada el pasado día 1 de enero.

Nos acercamos a dicha relación a través de los lemas de ambas jornadas. Manos Unidas nos recuerda que **NORTE Y SUR TIENEN UN FUTURO COMÚN**. Y el Papa nos invitaba en su mensaje a considerar la exhortación de San Pablo en la Carta a los Romanos: “NO TE DEJES VENCER POR EL MAL; ANTES BIEN, VENCE AL MAL CON EL BIEN” (12,21).

Manos Unidas es una organización de voluntarios de la Iglesia Católica que cumple su fin de luchar contra el hambre en el mundo mediante acciones encaminadas a la sensibilización de la población española y la financiación de proyectos de ayuda al desarrollo integral de la persona y de la comunidad humana, abierto a la dimensión religiosa de la existencia y orientado a un humanismo trascendente, tal como lo ha explicitado el Papa Pablo VI en la encíclica “*Populorum progressio*”. E igualmente tiene Manos Unidas como principio orientador de su actividad la afirmación de esta misma encíclica: “**el desarrollo es el nuevo nombre de la paz**”.

Con el lema: NORTE-SUR: UN FUTURO COMÚN, Manos Unidas indica que su trabajo se centra en defender que la globalización ha de garantizar los derechos económicos de todos. “La persona es necesariamente fundamento, causa y fin de todas las instituciones sociales” (Mater et Magistra, 219) y a su desarrollo integral debe orientarse toda la actividad económica, la política y la cultura. La globalización no ha de limitarse únicamente al ámbito de la economía; no debe ser sólo producción, consumo y lucro. La globalización de la economía, liberada de su actual orienta-



ción economicista, tiene que servir para derribar los muros entre el Norte y el Sur y preparar un futuro común de bienestar y condiciones de vida digna para cada miembro de la familia humana. Manos Unidas estima que la globalización, bien entendida y bien orientada, podría ofrecer alimento suficiente y una existencia digna a todos los habitantes del planeta. En cambio, la actual globalización económica está demostrando capacidad para crear riqueza en todo el mundo, pero no para distribuirla entre aquellos que carecen de todo; por ello, la brecha entre el Norte y el Sur se ha incrementado de manera alarmante.

El Mensaje del Papa para la Jornada de la Paz incluye el lema del desarrollo entre los aspectos necesarios para garantizar la paz. “Dado que el bien de la paz está unido estrechamente al desarrollo de todos los pueblos, es indispensable tener en cuenta las *implicaciones éticas del uso de los bienes de la tierra*” (6). Cada persona es titular de los derechos y deberes que corresponden a su *ciudadanía mundial*, de la cual se deriva la obligación de la solidaridad internacional con todos los necesitados. Al servicio de las necesidades primarias de todos hombres han de ser puestos también los nuevos bienes provenientes del conocimiento científico y del progreso tecnológico, por exigencia del principio que permite afrontar adecuadamente el *desafío de la pobreza*, en vista de las condiciones de miseria y el incumplimiento de las reiteradas promesas de ayuda pública al desarrollo ponen de manifiesto la necesidad de una *movilización moral y económica* a favor de los países pobres. “Para lograr la paz en el mundo es determinante y decisivo, hoy más que nunca, tomar conciencia de la interdependencia entre Países ricos y pobres, por lo que el desarrollo o se convierte en un hecho común a todas las partes del mundo o sufre un proceso de retroceso aún en las zonas marcadas por un constante progreso”. (10).

En la situación actual del mundo percibe el Papa la proliferación de *múltiples manifestaciones sociales y políticas del mal* (3). Y: “Él mal no es una fuerza anónima que actúa en el mundo por mecanismos deterministas o impersonales. El mal pasa por la libertad humana... *El mal tiene siempre un rostro y un nombre*: el rostro y el nombre de los hombres y mujeres que libremente lo eligen... *el mal, en definitiva, es un trágico huir de las exigencias del amor*. El bien moral, por el contrario, nace del amor, se manifiesta como amor y se orienta al amor” (2). El único modo de superar el

círculo vicioso del mal es seguir la exhortación del Apóstol: “*No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien*” (Ro 12,21).

“Ningún hombre, ninguna mujer de buena voluntad puede eximirse del esfuerzo en la lucha para vencer al mal con el bien. Es una lucha que se combate eficazmente sólo con las armas del amor. Cuando el bien vence al mal, reina el amor y donde reina el amor reina la paz... Los cristianos han de ser testigos convencidos de esta verdad”. (12)

Os invito a dar este testimonio de forma eficaz mediante la colaboración con Manos Unidas, cuyo vasto campo de acción se ha ampliado dramáticamente a causa de la reciente catástrofe natural padecida por los países del sur de Asia. También el mal causado por las fuerzas de la naturaleza debe ser vencido por el bien de el amor.

† Carlos López  
Obispo de Salamanca

---

## **Hacer presente a Dios en público (27-febrero)**

---

En la Exhortación Apostólica “Iglesia en Europa” el Papa ha afirmado que los símbolos de la presencia cristiana a lo largo de los siglos corren el peligro de convertirse en nuestro Continente en meros vestigios del pasado, a causa del avance lento y progresivo del laicismo. “Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer”.

Pero esta Exhortación es una ardiente llamada a la esperanza, centrada en Jesucristo. A la Iglesia le ha sido confiado el Evangelio de la Esperanza, para anunciarlo, celebrarlo y ponernos a su servicio, de forma que podamos ofrecer a Europa una nueva esperanza.

De una forma u otra, los hombres difícilmente nos libramos de andar a vueltas con Dios; incluso en las formas de negación de la fe y en los intentos de silenciar toda pregunta que pudiera conducir a la búsqueda de Dios, no se puede excluir que nos hallemos ante formas paradójicas de andar a vueltas con Dios. No tengo por seguro que pueda darse una total indiferencia o desinterés ante lo religioso, ni podemos juzgar cómo sienten por dentro la ausencia de Dios los que por fuera aparentan sentirse muy felices en ella. Aunque ahora estamos en un momento de gran novedad cultural, tampoco excluyo que el clásico anticlericalismo español, e incluso providencial, de garantizar la previvencia del sustrato religioso católico que ha determinado históricamente la identidad de nuestra cultura.

La religión constituye la principal fuente de sentido para las necesidades e interrogantes primordiales de la vida humana; por ello, la libertad de religión está reconocida como un derecho fundamental de toda persona. Los católicos no debiéramos dudar que la confesión de la fe tenga derecho a ocupar un lugar en la vida social. Otra cosa es que acertemos a encontrar la forma auténtica de hacer presente a Dios en la vida pública y de presentarle como fundamento de la misma, sin que ello sea nombrar el nombre de Dios en vano.

## **La salud del Papa (13-marzo)**

---

Juan Pablo II ha sido en la mayor parte de los años de su ministerio un modelo de santidad, realizada día a día en el fiel ejercicio de su misión y un reflejo de la fortaleza de Espíritu, también a la hora de compartir con gozo los sufrimientos de Cristo. Pero ha sido también un reflejo de cualidades y fortaleza humanas por encima de lo normal, que le situaban ante los ojos de los demás casi en la esfera de los superhombres.

Pero también es bueno ahora para nosotros verle ejercer su ministerio en una evidente debilidad física, que pone tanto más de relieve su inmensa fortaleza espiritual.

Si ahora nos pudiera resultar a los católicos menos grata la contemplación de su limitación física, acaso pensando que su debilidad pudiera interpretarse como signo de la debilidad y envejecimiento de la Iglesia misma, tendríamos que cambiar el punto de mira y considerar que en la Iglesia: “la fuerza de Dios se realiza en la debilidad”, y no en las cualidades humanas ni en las condiciones de salud y fortaleza física de Juan Pablo II. El criterio de valoración de su actual ministerio no puede ser lo agradable o no de su imagen televisiva, sino la sabiduría de la fe, desde la Cruz de Cristo.

En la etapa de plena fortaleza física de Juan Pablo II tuvo prevalencia la eficacia pastoral, en la etapa actual, se excluye la pregunta, con frecuencia planteada, por la conveniencia de la renuncia a su cargo. Ésta es una posibilidad prevista en la legislación de la Iglesia. Pero sólo al Papa le corresponde, con total libertad, estimar cuándo le faltan las fuerzas físicas o psíquicas necesarias para desempeñar su cargo. Juan Pablo II ha manifestado que la renuncia sería para él como un “bajarse de la Cruz”. Cristo no se bajó de la cruz y él tampoco lo va a hacer.

## **“Generosos y entregados... como María”**

### **Día del seminario (13-marzo)**

---

Con ocasión del Día del Seminario invito a la comunidad diocesana a la oración intensa y confiada por las vocaciones sacerdotales y para que el Señor nos conceda la gracia de crear el ambiente eclesial y recrear la mentalidad cristiana que hagan posible estimular a los jóvenes en el seguimiento de Jesús como sacerdotes.

La preocupante escasez de seminaristas en nuestra Diócesis requiere que todos colaboremos para lograr que la pastoral de las vocaciones sea uno de los objetivos prioritarios de cada comunidad cristiana. Y es evidente que la pastoral de las vocaciones solo puede fructificar cuando la educación de la fe sea mejor cuidada en la propia familia, en la catequesis parroquial de la iniciación cristiana, con la enseñanza de la religión en la

---

escuela, y mediante una renovada pastoral de juventud que haga posible a los jóvenes *buscar a Jesús, seguirlo y permanecer con Él* (cf. Jn 1,35-42).

Toda vocación es un don de Dios que se descubre y acoge en oración, en un diálogo de amor en el que Jesús toma siempre la iniciativa y su gracia precede y hace posible la respuesta libre del hombre. Así lo expresa la palabra de Jesús: *“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca”* (Jn 15,16). Por ello, la acogida de la vocación sacerdotal no es la realización de un proyecto personal, sino la respuesta, en donación de amor y en entrega sacrificial de la propia vida, a un proyecto de Jesús, que Él mismo nos propone a través de la Iglesia y que hacemos nuestro con gozosa confianza y sin poner condiciones.

Es un fascinante proyecto de plenitud que se realiza en la negación de sí mismo y en la fiel obediencia a Dios, para encontrar la perfección de la propia existencia en el ofrecimiento libre de nuestra vida a Jesús para vivir en Él para los demás.

Sólo el Espíritu, que llenó de gracia a María y la convirtió en ofrenda de amor a Dios para la salvación de los hombres, puede seguir suscitando en los jóvenes cristianos de hoy la voluntad de entregar la vida con generosidad al ministerio sacerdotal para mantener viva la memoria de Jesús hasta que vuelva.

---

## **La cruz: sabiduría y gloria (27-marzo)**

---

*“Vayamos también nosotros a morir con él”* (Jn 11,16). Queremos iniciar la Semana Santa con la actitud que expresan estas palabras dichas por el apóstol Tomás, cuando Jesús anuncia su decisión de subir a Jerusalén, porque: *“Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre... si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda él solo; pero si muere; da mucho fruto”* (Jn 12,23).

Ha llegado la hora de unirnos a Jesús en la entrega libre de la propia vida con el poder encontrar nuestra verdad en la sabiduría de la Cruz: *“Predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres”*. (1 Co 1,23-25).

Asimismo como proyecto de vida la exhortación del Apóstol San Pablo: *“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual... se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de Cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre”* (Flp 2,5.8-9).

Confesamos que la libre obediencia de Jesús al Padre por amor es la verdad permanente de la Cruz; creemos que ahí radica su eficacia redentora del acreditarlo como sabiduría salvadora de Dios y como gloria para el hombre, haciendo de la obediencia a Dios por amor el alimento de nuestra libertad, con la misma actitud con la que Jesús se entregó libremente a la muerte por nuestra salvación. Y le pedimos al Padre: *“No se haga mi voluntad sino la tuya”* (Lc 22,42).

## **Diálogo de salvación (5-mayo)**

---

La fiesta de San Juan de Sahagún, que fue instrumento eficaz de Dios para traer la paz a nuestra ciudad, exhortando con su ardiente predicación a la reconciliación de los salmantinos enfrentados en bandos de odio y lucha a muerte, me ha llevado a pensar cómo la Iglesia de hoy puede ser instrumento de reconciliación en las situaciones de tensión que se manifiestan en diversos ámbitos de nuestra convivencia. Para ello, he estimado oportuno recordar la enseñanza de la Iglesia sobre el diálogo, que el Papa Pablo VI formuló en la Encíclica *Ecclesiam suam*, en el año 1964.

Pablo VI dio el nombre de **diálogo al impulso interior de caridad que mueve a la Iglesia a hacerse don exterior para el mundo** (ES 33).

El diálogo debe caracterizar la tarea apostólica; para convertirse, el mundo necesita que la Iglesia se acerque a él y le hable. La Iglesia debe cuidar el diálogo con el mundo en que le toca vivir y ha de acercarse a él con todo amor, para comprenderlo, para ofrecerle los dones de verdad y de gracia de los que Cristo le ha hecho depositaria (ES 34): “*Para que el mundo se salve por Él*” (Jn 3,17).

**El diálogo de la Iglesia con el mundo** tiene su origen en la intención misma de Dios. La revelación de Dios puede ser representada en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa. “La historia de salvación narra este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de sí mismo, el misterio de su vida... cómo quiere ser conocido: Amor es Él; y cómo quiere ser honrado y servido: amor es nuestro mandamiento supremo” (ES 35).

**El diálogo de la salvación** es iniciativa espontánea de Dios: “*El nos amó primero*” (Jn 4,10); nace de la caridad de Dios, el cual “*Amó de tal manera al mundo que le dio su Hijo Unigénito*” (Jn 316); no se ofrece en razón de resultados previsibles ni de los méritos de aquellos a quienes se dirige, pues: “*No necesitan médico los sanos*” (Lc 5,31); es un requerimiento de amor, que lleva consigo una grave responsabilidad moral, pero deja libertad para acogerlo o rechazarlo; se hace posible a todos y a todos va destinado, sin discriminación alguna; tiene grados de desarrollo sucesivo, desde el débil comienzo hasta la plena madurez, como el grano de mostaza (cf Mt 13,31).

En correspondencia con este diálogo ofrecido por Dios, **corresponde a la Iglesia**, en su diálogo con el mundo, tomar la iniciativa y salir a la búsqueda de los hombres sin esperar a ser llamada, movida únicamente por amor desinteresado al mundo al que Dios ama, en actitud de gratuidad y sin poner límites ni hacer cálculos de eficacia, con respeto a la libertad de cada persona, con apertura universal a todos los pueblos y culturas, con paciencia para esperar el tiempo que requiere el proceso de cada persona hacia la fe, y con confianza en la acción de Dios que lo lleve a feliz término (ES 35).

Por parte de la Iglesia, el diálogo supone el estado de ánimo de quien se da cuenta de que no puede separar su propia salvación del empeño por

buscar la de los otros. No busca de inmediato la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y libertad, pero procura por amor su provecho con actitud de respeto, estima, simpatía y bondad; excluye, por ello, la condenación apriorística, la polémica ofensiva y la conversación vana e inútil.

El diálogo es, pues, un modo de ejercer la misión apostólica y un arte de comunicación espiritual, que tiene los siguientes caracteres: 1) *La caridad* de un contenido inteligible expresado con lenguaje comprensible. 2) *La afabilidad*, de la que Cristo se puso como ejemplo: “*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*” (Mt 11, 29). “El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso”. 3) *La confianza* en el valor de la propia palabra y en la disposición del interlocutor a acogerla; así promueve la amistad y la mutua adhesión a un bien que excluye todo fin egoísta. 4) *La prudencia pedagógica*, que tiene en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye. (ES 38)”.

Esta toma de diálogo realiza la unidad de la inteligencia y la verdad con el amor, nos lleva a exponer con lealtad nuestras convicciones y nos hace descubrir elementos de verdad en las convicciones ajenas; y nos hará sabios y maestros, capaces de descubrir qué diversos son los caminos que conducen al hombre a la verdad y a la fe.

## La obediencia de la fe (8-mayo)

---

En la Eucaristía de inauguración de su Pontificado, Benedicto XVI ha relatado **que su programa es hacer voluntad de Dios y no la propia**; que a nadie tratará de imponer sus ideas, sino que estará a la escucha de la palabra de Dios en comunión con toda la Iglesia para discernir la voluntad del Señor, dejarse conducir por él, y así, **orientar a todos a la obediencia de la fe.**



Hacer la voluntad de Dios, reconocida en Jesucristo, es el programa personal del Papa y de toda la Iglesia. Ella no puede dejar de anunciar que **Jesucristo es el único salvador del hombre**, porque está obligada a obedecer a Dios más que a los hombres.

Sólo cuando conocemos a Dios y al hombre en Cristo, conocemos en plenitud la verdad de la vida y nos reconocemos cada uno como amado por Dios y llamado al diálogo y a la unión con Él. La oscuridad deja vacías las almas y las sitúa en un desierto interior que con facilidad puede dar origen a crecientes desiertos exteriores de pobreza y abandono, de amor destruido y soledad, y de falta de justicia, que amenaza gravemente la paz.

Conocer la voluntad de Dios no nos aleja de nuestra identidad, sino que nos abre la puerta al conocimiento de nosotros mismos y a la relación con el prójimo. Obedecer a Dios es la garantía de un ejercicio responsable de la libertad desde el amor, que hace al hombre disponible al servicio de los demás. La voluntad de Dios es la gloria del hombre recreado a imagen de Cristo: exige el respeto a su verdadera naturaleza, a su dignidad inviolable y a la libertad de su conciencia. Obedecer a Dios más que a los hombres es una garantía de que la vida del hombre no se hace algo banal y sin sentido, se alienta con la verdad, el bien y la belleza, y no se deja convertir en instrumento al servicio de cualquier otro fin.

La obediencia al Evangelio garantiza a la Iglesia la fidelidad en su misión y le libra de caer en la tentación de concebirse como una agencia internacional de beneficencia o de prestación de servicios sociales y culturales al gusto y dictado de los poderes del mundo.

## **Corpus Christi: Ayer, hoy y siempre (22-mayo)**

---

La fiesta del “**Corpus Christi**” tiene una larga y venerable historia, desde su institución en el año 1264. A lo largo de los siglos ha sido la ocasión propicia para que cada Iglesia local se uniera en una solemne celebración de la Eucaristía, que tenía como prolongación necesaria una procesión con el Santísimo Sacramento del **Cuerpo de Cristo**, para hacer una

gozosa manifestación pública de fe y de acción de gracias por la presencia real de Cristo, de su Cuerpo y su Sangre, en el pan y el vino eucarísticos.

La Iglesia, en toda su historia, ha puesto el máximo cuidado en cumplir fielmente el mandato del Señor: *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22,19; 1 Cor 11,24). Y lo ha hecho en fidelidad a la enseñanza del Apóstol Pablo: *“Pues cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que venga”*. (1 Cor 11,26).

En épocas muy diversas, la sagrada hostia llevada en procesión ha sido confesada y adorada por el pueblo católico como el Cuerpo de Cristo. Así es la fe eucarística tradicional de la Iglesia: *“Nuestro Salvador, en la última Cena, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y hacerla partícipe de su misma vida”*.

El Concilio Vaticano II ha actualizado así la fe eucarística de la Iglesia: *“Nuestro Salvador, en la última Cena, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y a confiar así a su esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura”* (SC 47).

La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía sigue impulsando hoy al pueblo católico a ofrecer especial culto de adoración a este admirable Sacramento en la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo y debemos hacerlo con peculiar relevancia en este año dedicado a la Eucaristía.

Por ello, es necesario que una abundante representación de sacerdotes, religiosos y fieles laicos de toda la Diócesis toméis parte en la solemne Eucaristía y procesión del Corpus, que tendrá lugar el próximo día **29 de mayo, a las seis de la tarde, en la Catedral Nueva**. Será una ocasión propicia para confesar públicamente nuestra fe, que no ha de quedar relegada al ámbito de la conciencia personal y de la vida privada

## ENTREVISTA

### **Sobre la peregrinación diocesana de jóvenes (Actividades Pastorales) (19-junio)**

---

**“Venid y lo veréis” es el lema de la Peregrinación Diocesana de Jóvenes, que organiza la Vicaría de Pastoral con las Delegaciones Diocesanas de Pastoral Juvenil, Universitaria y Vocacional. La Peregrinación comenzará el próximo 28 de junio y se desarrollará en cinco etapas de marcha por San Pedro de Rozados, Cristo de Cabrera, Linares y Cereceda de la Sierra hasta el Santuario de la Virgen de la Peña de Francia.**

P.- Don Carlos, en este tipo de experiencias lo importante qué es: ¿la meta o el camino? ¿Realmente al andar es cuando se hace camino?

R.- Lo importante de toda peregrinación es el fin que se persigue. Y este fin no está situado en la meta, entendida como lugar geográfico de llegada o término. Más bien hay que alcanzar el fin en cada etapa y en cada actividad de la peregrinación, es decir, en cada momento de oración, en cada catequesis o celebración, en el caminar en silencio o en diálogo, para expresar la comunión en el afecto y en la búsqueda del Señor, y también, por supuesto, en los momentos de expansión y de juego. Y es que el fin de iluminar y configurar todo el camino.

P.- ¿Cuáles son los objetivos de esta Peregrinación?

R.- El objetivo fundamental es ofrecer a los jóvenes que participen en la peregrinación la posibilidad de realizar, a través de la experiencia del caminar juntos, un camino interior de búsqueda de Jesucristo, bien para hallar en el encuentro con Él una primera luz que dé respuesta a las preguntas no resueltas sobre el sentido de la propia vida o bien para alcanzar una mayor profundidad en la fe que ya se vive.

Éste es el fin que orienta toda la actividad de esos días. Por ello, el caminar juntos, que es medio muy adecuado a la vez que signo del camino interior a realizar, está enmarcado en un contexto de oración y de meditación de la Palabra de Jesús, con la ayuda de catequesis sobre la llamada de Jesús a diversas personas y a nosotros mismos.

Esta Peregrinación pretende ser la primera de otras muchas que en años sucesivos queremos realizar, para ofrecer a los jóvenes católicos de Salamanca la ocasión de expresar gozosa y públicamente la comunión en la misma fe y de sentirse fortalecidos en el seguimiento de Jesús en el difícil y adverso contexto social y cultural actual. Es decir, queremos que esta y otras actividades semejantes sean punto de referencia para la identificación eclesial diocesana de los jóvenes que creen en Jesucristo. Hay que evitar la dispersión y el ir cada pequeño grupo por su camino y a su aire. Hay que fortalecer la comunión y colaborar en un proyecto común diocesano de pastoral de juventud. Y añadido, por último y como consecuencia clara de lo anterior, que se pretende ofrecer una actividad de pastoral de juventud que quiere ir al fondo y núcleo de las cosas, que no es otro que la fe en Jesucristo. No queremos ofrecer sucedáneos, ni verdades débiles, ni evangelios descafeinados, que lleven a los jóvenes al autoengaño de creer que pueden ser cristianos viviendo conforme a los criterios de juicio y a los estilos de vida a los que invita la fuerte propaganda de la cultura materialista actual.

El fruto, casi milagroso, de este proyecto necesita la oración de la comunidad diocesana. Para la gracia de Dios nada hay imposible.

P.- “Venid y lo veréis” es el lema elegido. Los jóvenes que acudan a esta marcha ¿con qué se van a encontrar?

R.- Se van a encontrar en primer lugar con otros jóvenes como ellos, dispuestos a compartir una experiencia de caminar juntos, saliendo de la rutina y de la comodidad de lo cotidiano para vivir ligeros de equipaje, con gozosa libertad, un encuentro con la naturaleza, que les haga disfrutar la belleza el encuentro consigo mismos y con los compañeros de camino. Van a tener la ocasión de un buen ejercicio físico y de descanso psicológico, así como de sana diversión en el juego y en momentos de reír y dar rienda suelta al buen humor. Está comprobado que esta actividad es del agrado de los jóvenes.

Y se van a encontrar con un grupo de sacerdotes jóvenes y con su Obispo, que van a compartir con ellos esos días de camino físico y espiritual; es decir, van a tener una experiencia de comunidad y de Iglesia.

De esta forma, van a disponer de un clima adecuado para hacer realidad personal el lema de la peregrinación “Venid y lo veréis”: la invitación que Jesús hace a quienes se interesan por conocerle, de ir con Él y quedarse un tiempo a disfrutar de su fascinante compañía.